

El conflicto armado en clave local: resignificando la ciudadanía.

Alejandro Pimenta Betancur.

Cita: Alejandro Pimenta Betancur (2007). El conflicto armado en clave local: resignificando la ciudadanía. *XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología*. Asociación Latinoamericana de Sociología, Guadalajara.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-066/1573>

PONENCIA

El conflicto armado en clave local: re-significando la ciudadanía¹

Grupo: Socialización y Violencia

Contenido:

Introducción

I. Territorio, Estado y población local

II. Conflicto armado en perspectiva local

III. Ciudadanías locales?

e-mail: alejopimi@hotmail.com

Resumen:

La ponencia presenta algunas conclusiones resultado de las reflexiones logradas en algunas investigaciones sobre el tema del territorio y la violencia, problematizando los referentes teóricos de ciudadanía y territorio que más han sido usados por los investigadores colombianos para estudiar la problemática generada por los actores armados y el conflicto y su relación con las diferentes respuestas de las poblaciones locales. La intención de ese análisis es darle piso a una propuesta que sugiere la pertinencia que puede tener repensar esos referentes, especialmente el de ciudadanía, desde una concepción que enfatice y brinde mayor importancia a lo socioespacial, sobre todo concibiéndolos en función de contextualizar y comprender la dinámica local, como una forma específica apropiación, dominación y control del espacio, donde en la interacción cotidiana se reconfiguran y redefinen los actores (armados y civiles), las dinámicas sociales y las significaciones. Esta reflexión sugiere resignificar muchos conceptos tradicionales de la sociología, a la luz de las realidades locales.

Introducción

En Colombia en la última década la presencia del conflicto armado se ha expandido geográficamente a territorios que tradicionalmente no habían tenido acciones bélicas de mucha intensidad y que habían estado casi al margen de sus dinámicas propias hasta antes de mediados de los años noventa del siglo XX, tales como los departamentos del Chocó y el Putumayo y algunas zonas del Eje Cafetero y la Amazonía, lo que ha implicado también que durante esta última década se involucre mayor cantidad de población civil con los actores

¹ Esta ponencia surgió de las reflexiones que el autor ha podido desarrollar en los últimos años como investigador asociado del Instituto de Estudios Regionales INER de la Universidad de Antioquia (Medellín-Colombia), las cuales recientemente vienen siendo resignificadas en el desarrollo de la investigación doctoral que el autor adelanta en el Doctorado en Educación énfasis en Formación Ciudadana de la misma universidad.

armados, y de hecho, tanto las investigaciones académicas, como los datos oficiales y los medios de comunicación evidencian que los combatientes interactúan cotidianamente con gran parte de la población civil, sin que eso implique que sus estrategias estén ligadas a los problemas sociales y a las reivindicaciones de las poblaciones locales, porque al contrario se podría decir que el conflicto armado en Colombia se ha convertido en una *guerra contra la sociedad* (Pecaut,2001:12) en el que la extrema crueldad es la característica más sobresaliente. Es decir, la dinámica de guerra que produce esa situación actual del conflicto armado ha provocado que sean cada vez más las poblaciones que deben sobrellevar su vivir cotidiano en un entorno, de pronto al principio enrarecido pero después igualmente cotidiano, de violencia.

Esa presencia del conflicto armado en los territorios, generalmente es dada a conocer por las cifras oficiales y es lo que le interesa a muchos analistas, de acuerdo al número de acciones violentas, de enfrentamientos armados, por el número de frentes o de combatientes presentes en determinada zona o por el número de víctimas, lo que implica que el conflicto armado desde la perspectiva territorial es visibilizado por la acción violenta de los actores armados, y eso es lo que finalmente le llega a la opinión pública, pero lo preocupante, si puede decirse así, es que a la mayoría de investigadores también les interesa el nivel macro de los análisis y los hechos relacionados con las acciones violentas que arrojan cifra para las estadísticas e indicadores de violencia en el país, pero la realidad del acontecer local que está afectada por el conflicto armado pero que no alcanza a evidenciarse en las esferas nacionales o internacionales por el poco estruendo de las acciones violentas no parece ser de interés, es decir, el análisis de conflicto armado parece que no fuera importante en localidades que no arrojan estadísticas rojas de violencia.

De la anterior tendencia analítica se desprende que en la mayor parte de la producción destinada al público académico no aparece o termina siendo invisible la dimensión local del conflicto como si esta sólo estuviera presente cuando las cifras violentas lo corroboran, pero la realidad indica que al nivel cotidiano muchas poblaciones locales conviven cotidianamente con los combatientes de los actores armados. Esa realidad, que solo se siente en los territorios locales, se representa y se objetiva en la tensión en el ambiente, la vigilancia silenciosa, la intimidación implícita, la imposición de la “ley del silencio”, la escasez o el desabastecimiento

de productos, la captación de líderes políticos, la amenaza, la estigmatización social, entre otros, que termina siendo un conflicto latente.

Se trata, entonces, de dos formas de presencia del conflicto armado, la explícita y evidente para la opinión pública que tiene que ver con las acciones de guerra, y la implícita que afecta ya no al gran público sino directamente a las poblaciones locales y que se concreta a través de la violencia real, pero sobre todo a través de la violencia simbólica. Igualmente, desde la perspectiva de las respuestas de la población civil ante la presencia del conflicto armado, el desplazamiento de población o las acciones colectivas, por ejemplo, de resistencia o de organización civil ante la guerra, son las más visibles y explícitas, pero existen otras respuestas más imperceptibles e implícitas como son las prácticas individuales y colectivas de convivencia o cohabitación con los actores armados o la adaptación y acomodamiento a éstos. Todas estas respuestas de la población civil frente a la presencia del conflicto armado en su territorio tienen una expresión concreta en lo local y en las interacciones cotidianas, sea porque con el paso del tiempo y por la cohabitación con algún actor armado ya se conviertan de nuevo en cotidianas o porque existan elementos que provoquen una ruptura o quiebre esa cotidianidad.

Puede decirse que esa realidad social traspasada por el conflicto armado distorsiona lo que creemos es el ejercicio de la ciudadanía por parte de las personas que viven en esos lugares. Sin embargo, la mayor comprensión de estas realidades locales termina evidenciando la necesidad de re-significar la ciudadanía en coherencia a las conceptualizaciones contemporánea sobre lo local y el espacio social.

En ese sentido la ponencia busca mostrar la pertinencia de analizar el territorio en su dimensión local como categoría explicativa para entender y comprender el conflicto armado, puesto que la población civil y los actores armados tienen formas específicas de apropiación, dominación y control del espacio, y en la interacción cotidiana se reconfiguran y redefinen constantemente unos a otros. Para esto, en primer lugar, se esbozan algunas características que han tenido las investigaciones que se han realizado en Colombia sobre el conflicto armado cuando se ha introducido la variable territorial; en segundo lugar, se esbozan las grandes

“claves” para el análisis del conflicto en el territorio local lo que implica observar la interacción que establecen entre actores armados y población civil, y en tercer lugar, se problematizan algunas categorías de la sociología política, especialmente el concepto de ciudadanía local.

I. Territorio, Estado y población local

Cualquier tipo de conflicto tiene una dimensión territorial y en el conflicto armado colombiano ha sido considerado como en el sentido más objetivo de botín de guerra pues su control por parte de uno de los actores armados ha denotado ventajas estratégicas en cuanto puede ser una zona de refugio, de avanzada militar, de acceso a bienes o recursos económicos, de corredor y movilidad estratégica, de repliegue, de cooptación política de la población y sus líderes, de reclutamiento, de emboscada, etc. Esta relación es muy conocida para los estudiosos del conflicto, y desde tiempo atrás se han interesado por estudiarla desde diferentes perspectivas tal como lo enunciamos a continuación de modo de ilustrativo. En Colombia las primeras incursiones analíticas en el tema fueron en los años sesentas y setentas y la hicieron los estudiosos que se interesaron por la “cuestión agraria” que siempre estuvo entrecruzada por la problemática de la colonización del país. Luego, sobre todo desde finales de los ochenta, se presentó un auge por conocer las diferentes formas de violencia que se vivían en el país, entre las cuáles se estudiaba la que se vivía en los llamados territorios de colonización reciente. Esas dos primeras formas de acercarse a la relación conflicto armado - territorio evidenció que habían significativas diferencias de un lugar a otro, de acuerdo sus procesos históricos, económicos y políticos, que dio pie a que surgiera la inquietud de conocer las especificidades de cada territorio, cuestión que para finales de los ochenta y principios de los noventa se configuró bajo la pregunta por las regiones, mirada que comenzó a entender de una manera mucho más clara que el territorio es una construcción social, más que una simple condición físico geográfica. Luego, sobre todo desde mediados de los noventa, impulsada por la reconfiguración del conflicto generada por el protagonismo que ganaron como actor armado los paramilitares y agudización violenta de éste, se incrementaron y diversificaron los tipos de análisis que relacionan de manera más o menos directa el conflicto armado y el territorio.

En la última década los análisis que han tenido en cuenta la relación conflicto armado - territorio, permiten visualizar que tienen características muy disímiles en cuanto a las orientaciones conceptuales, metodológicas y políticas. Sin embargo, un análisis más preciso de la bibliografía académica más reconocida en el medio², demuestra que parten, en su gran mayoría, de una matriz teórica común, que consta de cinco conceptos claves que se utilizan de una u otra manera para soportar las explicaciones y los análisis. Estos conceptos son: en primer lugar, obviamente, Territorio y Conflicto, y en segundo lugar, aparecen como conceptos los actores presentes en los territorios y que hacen parte del conflicto, es decir, el Estado, la Población y los Actores Armados.

A continuación se esbozan los principales planteamientos que han hecho los académicos e investigadores que han analizado el conflicto armado en clave territorial sobre las categorías territorio, el Estado y la población local

En primer lugar, con respecto al concepto **territorio**, el incremento de los análisis que se podrían categorizar en esa veta de relacionar conflicto armado y territorio, también trajo consigo algunos avances en la su conceptualización, ya que muchos de ellos plantean que no es un simple contexto, contorno o espacio plano sobre el cual suceden las acciones bélicas y las dinámicas de guerra y en consecuencia con lo anterior llegan a plantear que es una construcción social, apropiada y territorializada de diferente manera por los actores. Sin embargo, en muchos casos a la hora de analizar propiamente la evidencia empírica no subyace ese avance logrado teóricamente, pues se cae, por ejemplo, en su caracterización como inventario de objetos físicos, en su encuadre histórico, en su caracterización socioeconómica, muchas veces a partir de repetir cifras oficiales, y en su ubicación geográfica en un mapa³.

En ese sentido, una mirada retrospectiva permite plantear que las acepciones bajo las cuales se ha trabajado el territorio en los estudios sobre conflicto armado en Colombia son pocas y

² En la investigación “Conflicto armado, actores y territorio: los visos de un caleidoscopio” (Blair, Pimienta y Agudelo, 2003) se hizo una búsqueda selectiva de la bibliografía que ha tenido como eje de análisis la relación conflicto armado –territorio desde los años 80 y publicada entre 1985 y 2003, encontrando un total de 92 artículos y 22 libros producidos en el país.

³ Esta fue una de las conclusiones a las que llegó la investigación mencionada ” (Blair, Pimienta y Agudelo, 2003:110)

diversas. Pocas, porque la mayoría de los analistas no expresan clara o formalmente qué están entendiendo por territorio o por alguna de sus escalas, dejándolo tácito o implícito. Incluso muchos son poco precisos y manejan indistintamente nociones como territorio, región, zona, departamento, municipio o localidad. Y diversas porque para finales de la década del ochenta y principios de los noventa, para muchos, el territorio aparecía asimilado a la totalidad nacional como lo que el Estado debía controlar (Bejarano, 1988:43), noción que guardaba gran relación con la concepción del territorio solo como espacio físico, auspiciada por las tradiciones funcionalistas de la geografía física y política, así como por la tradición política que relaciona “automáticamente” al Estado con un territorio. Luego, a principios de los noventa, aparecieron las referencias sobre la región con concepciones como la de Fajardo que la consideraba la dimensión espacial de las relaciones sociales (Fajardo, 1993: 141) y también llegaron de avanzada para ese tiempo y que luego serían retomadas y desarrolladas más profundamente, como lo planteado por María Teresa Uribe, cuando señalaba que las territorialidades se definían por “la dialéctica de las inclusiones y exclusiones, de las identidades y diferenciaciones” (1990: 53), es decir, claramente se introducía en la dimensión territorial la variable política del poder pero traspasada por la cultura: algo que hoy damos por sentado pero extraño en ese tiempo en la academia colombiana y que demuestran que en algunos ámbitos se estaba intentando un acercamiento renovado al espacio y al conflicto.

A principios de la década de los noventa, la mayoría de los analistas de lo regional, advertían que la región no era un espacio geográfico con límites impuestos por la legalidad administrativa, ni sólo un espacio de ejercicio de la soberanía o el poder, sino que la definían en relación a un conjunto de procesos. Por ejemplo, Clara García en 1993, entendía la región como “entidad territorial con fronteras sociales delineadas y reconocidas en virtud del conjunto de procesos económicos, sociales, políticos y culturales” (1993: 124). En general, para mediados de los noventa, en la obra de la mayoría de investigadores que le daban una relevancia al territorio en los análisis del conflicto armado, subyacía una concepción de perspectiva sociocultural (García, J.J.González, Fajardo, Uribe, Alonso).

Lo que se puede concluir, es que la utilización del concepto territorio en relación al conflicto armado pasó de ser una categoría muy física, de simple contexto o tapete sobre el que ocurren

acciones bélicas, a ser considerado un territorio sociocultural, para finalmente ganar en comprensión y ser considerado en su dimensión sociocultural y simbólica. Sin embargo, a pesar del giro conceptual, este aun no es suficientemente operacionalizado o potenciado en los análisis.

En segundo lugar, la concepción y papel que ha jugado la categoría **Estado** los análisis sobre el conflicto armado que tienen en cuenta también la dimensión territorial, evidencia que ha prevalecido la idea que lo caracteriza como ausente, precario, ineficiente, débil o solo con una presencia militar. Sin embargo, desde finales de los noventa, comenzó una tendencia que consideraba agotada la mencionada concepción del Estado como factor explicativo del conflicto armado, sustentado por ejemplo, en la demostración de que el conflicto se ha expandido a territorios que se podrían considerar con fuerte presencia estatal. Esta, según Clara García, ha sido auspiciada por la configuración misma del conflicto, es decir, “en las regiones que se construyen en Colombia en medio de la violencia y el conflicto armado, el vínculo con el Estado cobra forma en primera instancia, por la vía del reconocimiento que este hace del territorio cuando la significación de sus conflictos sobrepasa las fronteras regionales y obliga definir políticas públicas” (2002:23). De ahí que se planteó que los conflictos hacen región.

Por otra vía, otros autores como Fernán González han replanteado la concepción del Estado, cuestionando la vinculación directa entre Estado moderno y monopolio de la fuerza que la teoría clásica tanto convalidó, asumiendo que no hay un solo modelo de construcción de los Estados modernos y que, además, el Estado construido en Colombia proviene más de la herencia colonial de España que de los Estados modernos de los países industrializados de Europa, como Francia e Inglaterra, lo que sin duda tiene sus consecuencias en la configuración del Estado nación colombiano y su capacidad de acción frente al conflicto armado interno (1998, 2002). En ese sentido, el proceso de construcción del Estado no depende de la voluntad de los actores, ni del desarrollo natural de la sociedad sino que es expresión de las interdependencias de la sociedad, y además, tal como lo planteó María Teresa Uribe “como forma de sociedad, el Estado moderno representa un tipo específico de “enjaulamiento” de las relaciones sociales que carece de una relación unívoca o esencia con el monopolio de la

violencia y la soberanía. Por ello este monopolio y esta soberanía pueden configurarse de distinta manera en otras formas de ordenamiento político y a otros niveles territoriales” (1999:24). Lo anterior implica, que el logro del monopolio de la fuerza por parte del Estado y el ejercicio de la soberanía sobre un territorio “solo despiertan, solo se ponen en marcha cuando hay un territorio delimitado, es decir, no se afianzan en una sociedad donde siguen existiendo “espacios vacíos”. En una sociedad así, la violencia se desperdiga, se desparrama en las manos de grupos sociales particulares y en esa medida la soberanía es siempre discutida, es el objeto de la disputa entre distintos poderes” (Uribe, 1999). Además, el Estado no se agota en las instituciones formales, y más que eso es un conjunto de dinámicas sociales, de juegos de dominación, es una construcción ideológica y una manera de representar e imaginar la vida social. De esta manera, la violencia no es la negación de la política, ni esta última es el universo del diálogo y el consenso. Ambas son formas de regulación social que a veces son indistinguibles.

En la concepción que sobre el Estado se ha tenido en los análisis que tratan de relacionar el conflicto armado y el territorio, ya no hay un enfoque dominante que explique la presencia del conflicto armado en un determinado territorio por la debilidad estatal sino que en el último tiempo han surgido nuevas formas de ver esa relación, que van de la mano de considerar que la política y la violencia son formas de relación social que en cierto escenarios se pueden traslapar.

En tercer lugar, el rastro que se le puede hacer a las conceptualizaciones sobre las **poblaciones locales**, parte de la idea que tenían los primeros analistas que se preguntaron por éstas, que la veían como víctima en medio de los enfrentamientos armados o como víctima directa al ser consideradas objetivo militar o simplemente instrumentalizada por los actores armados para el logro de sus propios fines. Sin embargo, el giro mismo del conflicto armado hizo que los analistas comenzaran a estudiar con mayor detenimiento su papel, es decir, “en la mayoría de los primeros análisis la población se convierte en algo así como un “ente abstracto” al que se le asignaba el papel de población civil ”víctima de la guerra”, sin mayores desarrollos sobre su acción y/o sobre los efectos que sobre ella producía la guerra pero también ignorando los efectos que las acciones de la población tenían sobre la guerra. También, pero de manera

muy reciente algunos analistas empiezan a cuestionar esta instrumentalización al considerar que las poblaciones no son las receptoras pasivas de la acción armada y que más bien la dinámica social es el fruto de interacciones entre unos y otros” (Blair, Pimienta y Agudelo, 2004:56).

A partir de 1995, según María Teresa Uribe, se observa un cambio en la dinámica del conflicto, sobre todo en lo que respecta a la población civil, porque ésta pasa a convertirse en “el objetivo principal y central de la guerra, en el propósito de la confrontación” (1997:134). Ramírez Tobón planteaba en 2002 que el conflicto era “una guerra entre ciudadanos, que por su amplitud y profundidad representa y compromete mucha más sociedad de la que quieren ver quienes insisten en que sólo se trata de acciones demenciales a cargo de unos aparatos armados funcionando a espaldas de la sociedad” (2002:63). También, frente al problema y crueldad del desplazamiento forzoso algunos analistas rescataban que “cuando se desplaza a los habitantes de un lugar no se expulsan familias cuantitativamente hablando, también se desplazan hábitos y costumbres, sueños y esfuerzos, pasados e ideales de futuro” (Espinoza,2001:120).

En 1998, Mauricio Romero da nuevas pautas sobre el papel de la población en medio del conflicto y siguiendo con un trabajo de varios años en la región de Córdoba, planteaba que en esa zona se vivió un proceso de militarización a la par de un “reforzamiento de las lealtades locales y regionales, lideradas por grupos de propietarios ligados al narcotráfico y un debilitamiento de la identificación con la autoridad central en Bogotá” (1999:77). Este autor, aunque no es el primero, es él que más claramente incursionó en la relación población local – conflicto armado por la vía de la identidad. No menos importante, María Clemencia Ramírez, siguiendo con la ligazón entre conflicto armado, poblaciones e identidad, hablando sobre el movimiento de los campesinos coccaleros del Putumayo, decía que se percibía “la emergencia de una identidad regional que se define alrededor de la vida cotidiana de violencia y conflicto que comparten quienes viven en la zona, frente a los extraños, aquellos que llegan y se van” (2001:201).

Las poblaciones locales han sido muchas veces las víctimas, pues son involucrados en el conflicto sin ser combatientes, pero éstas no son pasivas frente al conflicto, y los cambios en las dinámicas de guerra han producido numerosos cambios en las poblaciones, lo que se ha visto reflejado en las investigaciones. De ser consideradas simples víctimas de los enfrentamientos o de ser objetivo militar de los diferentes bandos en contienda, se han visibilizado otras respuestas frente al conflicto como su capacidad de organización, resistencia, acomodo o apoyo, analizando en todo caso, su papel proactivo.

En general, la conceptualización que ha permitido el análisis de la relación del conflicto armado y el territorio en Colombia, ha presentado significativos avances que han permitido una comprensión renovada al mismo, visibilizando situaciones y fenómenos que antes no se tenían en cuenta, sobre todo ligado a la visión del territorio desde una dimensión sociocultural, la política como una esfera de lo social que no se limita a lo estatal y la población local considerada más allá de su papel de víctima.

II El conflicto armado en perspectiva local

Luego de echar un vistazo general a la forma como han sido operados los principales referentes teóricos que han permitido los análisis sobre conflicto armado y territorio en Colombia, se reconocen avances en la conceptualización, pero también se reconoce que aun falta mucho para comprender la complejidad de realidades locales, sobre todo, cuando la situación cotidiana no es la de la gran guerra y las acciones bélicas que suman a las estadísticas sino cuando es un conflicto latente. Llamadas y propuestas a avanzar en esta vía ya se vienen haciendo. Por ejemplo Fernán González, al analizar los estudios sobre violencia que se han hecho en el país, dice que se ve “la necesidad de combinar la mirada sobre las llamadas “causas objetivas” con un enfoque que tenga en cuenta también las “dimensiones subjetivas” (2002:36). Igualmente Daniel Pécaut, se ha pronunciado frente a los vacíos investigativos que sobre el problema del conflicto armado hay en el país y llama la atención en los siguientes: las representaciones que las poblaciones afectadas se hacen de la violencia; las trayectorias y las estrategias individuales en el contexto de la violencia; los modos de adaptación frente a los diversos constreñimientos a que son sometidos dichas poblaciones; los

modos de conformación de la protesta colectiva en situación de violencia y las transformaciones de los valores y de la relación con las normas que tienen que ver con la violencia (1998:88). Puede decirse, que en un conflicto armado como el colombiano en el que las poblaciones se han convertido en el centro de gravedad de las confrontaciones (Lair,2003:100) o en el botín más preciado de la disputa (Uribe,1997:134), es cada vez más evidente la necesidad de preguntarse y profundizar en el estudio de éstas.

En ese sentido, hay que considerar, aunque suene obvio, que sólo en el espacio local se pueden observar las interacciones cotidianas en medio del conflicto. La localidad no es el espacio del anonimato sino el espacio próximo o territorio de la identidad que se caracteriza, según Gilberto Jiménez, por ser el espacio de la vivencia y el marco natural inmediato, es decir, el espacio de la cotidianidad y, es a la vez, el espacio de sociabilidad cuasicomunitaria y refugio frente a las agresiones de todo tipo (2000:93). En lo local, es en donde surge en primera instancia la relación del sujeto con el espacio, donde comienza la apropiación y la significación de éste, pues es lo próximo, lo que está al alcance de la mano y es en la localidad donde se concretan las instituciones y las formas organizadas de la vida social. La localidad, más que un objeto en sí, se refiere a áreas discretas pero variables en las que están localizados los ámbitos para la configuración de las relaciones sociales con las que los individuos se identifican.

La localidad es un espacio de significación en el que se configuran las interacciones sociales, incluidas las que ocurren en medio del conflicto armado y, en ese sentido, la localidad produce sujetos locales entendidos como actores sociales que pertenecen a una comunidad situada, inmersos en sus redes de relaciones. Así mismo, la localidad produce conocimiento local y órdenes locales, que se pueden oponer dialécticamente a lo general o lo global, a la manera como lo plantea Santos, cuando afirma que “se constituyen, paralelamente, una razón global y una razón local que en cada lugar, se superponen y, en un proceso dialéctico, tanto se asocian como se contraponen. En ese sentido, el lugar se enfrenta al Mundo, pero también lo afronta en virtud de su propio orden”(2000:284). Por lo tanto, en lo local se dan especificidades que pueden ser muy diferentes o incluso contrapuestas de otras que no son posibles de comprender abstractamente ni desde lo regional o nacional. En ese sentido, es mucho más claro que todo

conflicto prolongado tiene su propia historia, en cuya dinámica se reconfiguran y redefinen los actores y las significaciones y donde las interacciones entre los actores enfrentados y entre éstos y la población local son variables. Además, las condiciones espaciales de cada localidad influyen en la manera como se configura el conflicto y a ésta se asocian el carácter de las experiencias, valoraciones, organización, relaciones y redes con que cuenta la población civil, lo mismo que la manera como el Estado se inserta en la vida local (García,2004:13)

Analizar las interacciones cotidianas entre población local y combatientes, en el caso del conflicto colombiano donde es fácil constatar en muchas localidades que existe una interacción, e incluso interdependencia, entre éstos, debe valorar la dimensión subjetiva de las interacciones de manera que se comprendan mejor las respuestas que ha tenido la población local ante la presencia del conflicto armado, cuya tipología puede ser la siguiente: adscripción o apoyo a proyectos políticos de los actores armados, adaptación o acomodamiento, desplazamiento o respuestas colectivas como movimientos sociales y cívicos y resistencias a la presencia de los actores armados o del Estado (Blair, Pimienta y Agudelo,2004:42). El reto es significar y comprender el sentido de cada una de esas formas de respuesta desde los mismos actores locales. Pero preguntarse por las interacciones cotidianas no es caer en el subjetivismo absoluto, es más bien lo que permite visualizar la bisagra entre la estructura y la acción, puesto hay una relación dialéctica entre las estructuras objetivas y los fenómenos subjetivos. En palabras de Bourdieu, “por un lado, las estructuras objetivas(..) forman la base para (..) las representaciones y constituyen las constricciones estructurales que influyen en las interacciones: pero, por otro lado, estas representaciones deben también tenerse en cuenta particularmente si deseamos explicar las luchas cotidianas, individuales y colectivas, que transforman o preservan estas estructuras (1993:502). No es, pues, que las interacciones cotidianas y la vida cotidiana en general tengan vida propia que se rehace todos los días, que dependan del libre albedrío, pero tampoco son el reflejo directo de estructuras sociales objetivamente determinadas. Por lo tanto, la noción de interacciones cotidianas, se sitúa cerca -y es útil para problematizarla-, al concepto de *habitus* de Bourdieu, pues es este junto con el concepto de campo, el que le permite a este autor vincular subjetivismo y objetivismo. El *habitus* incluye las estructuras mentales cognitivas mediante las cuales las personas manejan el mundo social. Las personas están dotadas de una serie de esquemas internalizados por medio

de los que perciben, comprenden, aprecian y evalúan el mundo social. Mediante estos esquemas las personas producen sus prácticas y las perciben y evalúan.

Ahora bien, las interacciones sociales en medio del conflicto armado están mediadas por la violencia, que es más que el acto físico violento o la amenaza de éste (la coacción), ya que hay otra clase de violencia que también tiene secuelas profundas en las personas: es la violencia simbólica que, según Bourdieu, es una forma especial de dominación que va más allá de la coacción (por unas fuerzas) o del consentimiento (a unas razones) y cuyo efecto se produce “a través de los esquemas de percepción, de apreciación y de acción que constituyen los hábitos y que sustentan, antes que las decisiones de la conciencia y de los controles de la voluntad, una relación de conocimiento profundamente oscura” (2000:51). “La fuerza simbólica es una forma de poder que se ejerce directamente sobre los cuerpos al margen de la coacción física que opera apoyada en la desencadenación de unas disposiciones registradas que el trabajo de inculcación y de asimilación ha realizado”(2000:54). Los efectos de la violencia, tanto la física como la simbólica, se expresan en las interacciones cotidianas y, según Bourdieu, adoptan formas particulares en las interacciones entre dominadores y dominados, pues, los “dominados contribuyen unas veces sin saberlo y otras a pesar suyo, a su propia dominación al aceptar tácitamente los límites impuestos [que] adoptan a menudo la forma de emociones corporales – vergüenza, humillación, timidez, ansiedad, culpabilidad – o de pasiones y de sentimientos – amor, admiración, respeto -; emociones a veces aun más dolorosas cuando se traducen en unas manifestaciones visibles como el rubor, la confusión verbal, la torpeza, el temblor, la ira o la rabia impotente, maneras todas ellas de someterse, aunque a pesar de uno mismo y como de mala gana, a la opinión dominante.”(2000,55). En este sentido, ya se habían pronunciado Ingrid Bolívar y Lorena Nieto cuando plantearon que “la interacción continua redundante en el establecimiento de vínculos afectivos que no logran ser adecuadamente capturados por las categorías con las que usualmente trabajamos la violencia política” (2003:79) y frente a eso sugirieron replantearlo a la luz de Bourdieu.

En el mismo sentido, Carolyne Nordstrom, inscrita en la corriente teórica y metodológica de la etnografía de la guerra, plantea que “la violencia es una dimensión de la existencia de la gente, no algo externo a la sociedad y a la cultura que le sucede a la gente”(1995:2 citado por

Blair y Londoño,2003:8). En esta perspectiva analítica “los investigadores se interrogan por las formas particulares que la guerra asume en los individuos y por las maneras como se construyen estrategias de sobrevivencia y resistencia por parte de las poblaciones que la sufren, es decir, cómo construyen o reconstruyen en la cotidianidad de sus vidas esos mundos devastados por la guerra. En esta perspectiva la guerra es colocada en el centro de las vidas y de las culturas de la gente que la sufre”(Blair y Londoño,2003:19).

Analizar de esta manera las interacciones cotidianas y, en general, tratar de comprender el conflicto armado en clave local, permite entender que éste y la guerra no son fenómenos exclusivamente políticos sino que también son culturales y que, por lo tanto, una propuesta como esta, más que quitarle un enfoque político al análisis, trata es de repolitizarlo, al mostrar que su presencia y su expresión, la violencia, implícita o explícita, no puede deshacerse de sus representaciones culturales que se expresan en la gente que la vive.

Lo anterior denota que lo político no es una esfera ajena a la cultural sino que, por el contrario, están imbricadas; noción que además permite “comprender mejor los fundamentos de los sistemas políticos y sus procesos de transformación y cambio, al igual que [permite] analizar las relaciones existentes entre estructura social, sistema político y marcos culturales con los que los individuos interpretan la realidad social que les rodea, mediante los cuales giran sus acciones” (Moran,1997:3). Lo político así, se amplía al campo de lo subjetivo del ser, es decir, la cultura política de una población o las decisiones colectivas que se expresan en medio del conflicto armado más que un problema de decisiones o preferencias son una construcción dinámica que está mediada por múltiples esferas, incluidos los afectos, lo que supone además unas posiciones y unas disposiciones hacia el conflicto.

III. Ciudadanías locales?

Un enfoque analítico del conflicto armado que considere partir de lo próximo, de lo local y de las interacciones cotidianas, con presupuestos teóricos como los anteriormente planteados, puede buscar respuestas, indagar y reflexionar, entre otras cosas, sobre ¿cómo son las interacciones cotidianas que dan origen a las diferentes respuestas de una misma comunidad

local frente al conflicto armado? ¿Qué clase de acontecimientos y hechos emanados de la dinámica del conflicto armado son los que provocan determinada respuesta de la población local? ¿Cómo se teje cada respuesta de la población civil en las interacciones cotidianas? Pero sobre todo, dicho enfoque remite a preguntarse por el significado de la ciudadanía en esos contextos traspasados por el conflicto armado, que generalmente van de la mano con situaciones generales de exclusión socioeconómica, política y cultural, es decir, que clase de ciudadanos son los que viven en espacios locales con presencia del conflicto armado.

La respuesta no la tenemos aquí, pero sabemos que son ciudadanos, no en el sentido de las teorías ortodoxas de la ciencia y la filosofía política, sino, en el sentido más sociológico que implica ciudadanos en su interacción social. Son ciudadanos que construyen su ciudadanía en lo local de acuerdo a sus realidades socioculturales, construcción que puede asimilarse a la construcción de nuevas ciudadanía, e incluso, en forma más general la construcción de las ciudadanía locales, no es una respuesta solo a la presencia del conflicto armado sino a toda clase de exclusiones a las que se ven sometidas las poblaciones.

Las ciudadanía locales, como nuevas ciudadanía que son, contrastan con las versiones clásicas que la conciben en términos de derechos adquiridos por determinado estatus y se ubican en un proceso continuo de construcción y reconstrucción muchas veces en oposición a los poderes establecidos y hegemónicos, por lo que más que una adscripción normativa, las ciudadanía locales son ciudadanía de la acción (Quiroga, 2002, 10)

Las ciudadanía locales no siempre van de la mano de los ideales cívicos, por lo que su análisis se pregunta por la acción de los actores individuales y colectivos realmente existentes en sus espacios locales, y por ende la búsqueda a su significado se halla en el análisis de las diferentes dimensiones de la cotidianidad como pueden ser: las rutinas de trabajo y de labores productivas tanto dentro como fuera del hogar; relaciones familiares (armonía y/o violencia doméstica); actividades familiares; relaciones de amistad y vecinales (conflictos y solidaridades); participación en actividades políticas y comunitarias; rutinas y formas de religiosidad; formas de habitar el espacio, recorridos rutinarios, el espacio público; la educación en la escuela y la familia; la recreación. Cuando el conflicto armado está presente,

en todas esas esferas se evidencia su presencia. También, el análisis de situaciones más evidentemente políticas en las que están inmersas las acciones de los actores locales, hacen parte de su definición y construcción: las luchas por la sobrevivencia desde las necesidades básicas de alimentación, techo y servicios públicos social, hasta el reconocimiento de derechos políticos de participación y organización política.

En últimas, hablar de ciudadanías locales, es partir de la premisa que el cambio social y político debe provenir de un movimiento de abajo hacia arriba con el protagonismo de los actores locales, es decir, de los sujetos comunes y corrientes que viven muchas veces en contextos locales de exclusión y de presencia del conflicto armado. Las ciudadanías locales, en su plenitud, como condición crítica y constructora de órdenes contrahegemónicos depende de soluciones buscadas localmente, pues el lugar no produce las ciudadanías locales automáticamente, aunque la conciencia de lo local es condición necesaria, pero no es suficiente ya que para darse debe sumarse la conciencia emancipatoria y crítica, es decir, se construyen a partir del reconocimiento de lo propio, del lugar y su producto: lo local, pero sobre una base crítica.

Frente a la construcción de ciudadanías locales y en general frente a un nuevo mundo posible, retomamos a Santos que plantea que a partir de esas metamorfosis, se puede pensar en la producción local de una comprensión progresiva del mundo y del lugar, con la producción local de imágenes, discursos, filosofías, “junto a la elaboración de un nuevo ethos y de nuevas ideologías y nuevas creencias políticas, amparadas en la resurrección de la idea y de la práctica de la solidaridad” (2004:135), es decir, es un proceso social de toma de conciencia. He ahí el valor que debe guiar la construcción de las ciudadanías locales

Para concluir, los planteamientos teóricos anteriores se esbozaron como un enfoque general y como unos presupuestos útiles que permitirían comprender mejor lo local y la localidad, más específicamente para ayudar a comprender cómo las poblaciones asumen la presencia del conflicto armado en su espacio vital, en su cotidianidad y cómo esa presencia torna las interacciones cotidianas entre los mismos pobladores y entre estos con el Estado y con los mismos combatientes, o sea, qué respuesta tienen ante la coacción, la dominación, hegemonía o presencia esporádica de los actores armados. Esto, porque se considera que es preciso

visibilizar el hecho de que las situaciones vividas en lo local con el conflicto armado, que muchas veces son asumidas como normales, domésticas y cotidianas y por tanto, supuestamente alejadas de la política, son parte sustancial de la misma, y por eso se debe pensar en el sentido de las ciudadanías locales.

Bibliografía

- Agier, Michel.(2000) La antropología de las identidades en las tensiones contemporáneas. *Revista colombiana de Antropología*. 36. Bogotá: ICANH.
- Alonso, Manuel Alberto. (1997). *Conflicto armado y configuración regional. El caso del Magdalena Medio*. Medellín: Universidad de Antioquia – IEP.
- Bejarano, Ana María. (1988).La violencia regional y sus protagonistas: el caso de Urabá. *Análisis Político*. 4. Bogotá: IEPRI, Universidad Nacional, 43-53.
- Blair, Elsa; Pimienta, Alejandro y Cristina Agudelo. (2004).*Informe de Investigación: Conflicto armado, actores y territorio: los visos de un caleidoscopio*. Medellín: INER-CODI Universidad de Antioquia.
- Blair, Elsa y Luz María Londoño.(2003). *Informe de Investigación: Mujeres en tiempos de guerra*. Medellín: INER – Colciencias.
- Bolívar, Ingrid y Lorena Nieto. (2003). Supervivencia y regulación de la vida social: la política del conflicto. *Nómadas*. 19. Bogotá: DIUC, Universidad Central.
- Bourdieu, Pierre. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Camacho, Alvaro, et al. (1997) *Nuevas visiones sobre la violencia en Colombia*. Bogotá: Fescol.
- Castillo, María del Pilar y Boris Salazar. (1999) Tres juegos para el conflicto armado colombiano. *Controversia*. 175. Bogotá: CINEP.41-56.
- Corredor Martínez, Consuelo. (1988).Violencia y problema agrario. *Análisis: Conflicto social y violencia en Colombia, documentos ocasionales*. 50. Bogotá: CINEP.39-47
- Echandia, Camilo. (2001) El conflicto armado colombiano en los años noventa: cambios en las estrategias y efectos económicos. *Colombia Internacional*. 49 – 50. Bogotá: Universidad de los Andes, 117-134

Espinoza, Mauricio. (2001). El territorio, la guerra: un vistazo sociológico. Nates , Beatriz (comp.) *Territorio y cultura. Territorios de conflicto y cambio sociocultural*. Manizales: Universidad de Caldas, 2001, 115-125.

Fajardo Montaña, Darío. (1991). *Formación de las regiones agrarias en Colombia*. Santa Fe de Bogotá: Corporación Colombiana para la Amazonia-Araucara-COA.

García, Clara Inés. (1993). Región, conflicto y movimiento social. Una región de reciente colonización. Jimeno Santoyo, Miriam (comp.). *Conflicto social y violencia. Notas para una discusión. Memorias del simposio Conflicto social en América Latina, VI Congreso Nacional de Antropología*. Bogotá: Sociedad Antropológica de Colombia, Instituto Francés de Estudios Andinos. 55-62.

_____. (1994). Territorios, regiones y acción colectiva;: el caso del Bajo Cauca antioqueño.

_____. (2002). *Paradojas de los conflictos violentos: territorios, regiones y fronteras en Colombia*. Medellín: Colección Legado del Saber, Universidad de Antioquia.

_____. (2004). Los condicionantes del espacio/tiempo en la orientación de las respuestas civiles a la guerra en Colombia. *Regiones. 2*. Medellín: INER- CRECE y Observatorio del Caribe. 10-34.

Giménez, Gilberto. (2000). Territorio, cultura e identidades. Barbero, Martín, López, Fabio y Angela Robledo (Comp.) *Cultura y Región*. Bogotá: CES. Universidad Nacional, Ministerio de Cultura.

González, Fernán. (1998). La violencia política y las dificultades de construcción de lo público en Colombia: una mirada de larga duración. Arocha, Jaime; Cubides, Fernando y Myriam Jimeno. (edit) *Las violencias: inclusión creciente*. Bogotá: CES, Diversidad Nacional. 163-185.

González, Fernán; Bolívar, Ingrid y Teófilo Vázquez. (2002) *Violencia política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción del Estado*. Bogotá: CINEP.

Gross, Cristian. (1992) Los campesinos de las cordilleras frente a los movimientos guerrilleros y la droga ¿actores o víctimas?. *Análisis Político*. 16. Bogotá: IEPRI – Universidad Nacional. 5-22.

Morán, María Luz. (1997). Sociedad, cultura y política: continuidad y novedad en el análisis cultural. Madrid: *Zona Abierta*. 77, 78.

- Nordstrom, Carolyne and Robben, Antonius (eds) (1995) *Fieldwork under fire: contemporary studies of violence and survival*. Berkeley: University of California Press.
- Ortiz, Carlos Miguel. (1999) *Tras la huellas de los inmigrantes 1955 – 1990*. Bogotá: ICFES.
- _____. (2001). Actores armados, territorios y poblaciones. *Análisis Político*. 42. Bogotá: IEPRI, Universidad Nacional. 61-69
- Pécaut, Daniel. (1998). La contribución del IEPRI a los estudios sobre violencia en Colombia. *Análisis Político*. 34. Bogotá: IEPRI – U.N.
- _____. (1999). Las configuraciones del espacio, el tiempo y la subjetividad en un contexto de terror: el caso colombiano. *Revista Colombiana de Antropología*. 35. Bogotá: ICANH. 8-35.
- _____. (2001). *Guerra contra la sociedad*. Bogotá: Espasa.
- Ramírez, María Clemencia. (2001). *Entre el Estado y la guerrilla: identidad y ciudadanía en el movimiento de los campesinos cocaleros del Putumayo*. Bogotá: Colcicencias – ICANH.
- Ramírez, Tobón William. (2002) ¿Guerra civil en Colombia?. *Análisis Político*. 46. Bogotá: IEPRI – U.N. 163
- Quiroga, Hugo, et. All. *Filosofías de la ciudadanía. Sujeto político y democracia*. Rosario (Argentina): Homo Sapiens editores, 2002.
- Rangel, Alfredo. (1996) Colombia: la guerra irregular de fin de siglo. *Análisis Político*. 28. Bogotá: IEPRI-Universidad Nacional. 74-84
- Reyes, Alejandro y Ana María Bejarano. (1988). Conflictos agrarios y luchas en la Colombia contemporánea. *Análisis Político*. 5. Bogotá: IEPRI, Universidad Nacional. 6-27
- Reyes Posada, Alejandro (1991). Paramilitares en Colombia: contexto, aliados y consecuencias. *Análisis Político*. 12. Bogotá: IEPRI- Universidad Nacional. 35-41.
- Romero, Mauricio. (1999). Identidades políticas, intervención estatal y paramilitares. El caso del departamento de Córdoba. *Controversia*. 173. Bogotá: CINEP. 75-98.
- Santos, Milton. (2000). *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*. Barcelona: Ariel Geografía.
- Uribe de Hincapié, María Teresa. (1990). La territorialidad de los conflictos y violencia en Antioquia. *Realidad Social*. Tomo I. Medellín: Gobernación de Antioquia, 51-111.

_____. (1997) Antioquia entre la guerra y la paz. *Estudios Políticos*. 10. Medellín: Universidad de Antioquia – Instituto de Estudios Políticos. 126-137

_____. (1999). Soberanías en disputa ¿conflictos de identidades o de derechos?. *Estudios Políticos*. 15. Medellín: Universidad de Antioquia- Instituto de Estudios Políticos. 23-45